



Conferencia Episcopal de Colombia
CENTRO PASTORAL PARA LA COMUNIÓN ECLESIAL
DEPARTAMENTO DE MINISTERIOS ORDENADOS

SIMPOSIO
“HACIA UNA TEOLOGÍA FUNDAMENTAL DEL SACERDOCIO”

PONENCIA UN SACERDOTE CREÍBLE Y EFICAZ
UNA NOTA SOBRE ANTROPOLOGÍA DE LA VOCACIÓN SACERDOTAL
P. FIDEL OÑORO cjm

(Saludo)

Nos ocupamos hoy de la grandeza de nuestra vocación desde la perspectiva sacerdotal y con un acento particular en su base antropológica.

Si buscamos un referente para comprender la antropología tenemos que buscarla en la humanidad de Cristo.

Propongo que la busquemos en esta ocasión en la primera parte de la carta a los Hebreos.

Hebreos hace al menos cinco relecturas del sacerdocio: la perspectiva del “sacrificio”, de la “mediación”, de la responsabilidad “profética”, de la “consagración” y la del “signo” y del “testimonio”.

Tomaremos otra ruta: la antropológica. Es la perspectiva del misterio cristológico que ahonda de manera particular en la encarnación de Cristo. Es un sacerdocio encarnado.

Para explicárnoslo, el autor de los Hebreos hace una especie de exploración. Su estilo es argumentativo y con un tono parenético. Algunos dicen que Hebreos es una homilía, pero una homilía no tiene 13 capítulos. Mejor decir exhortación que argumenta la absoluta novedad del sacerdocio de Cristo, la cual proviene de su misterio pascual y este a su vez hunde sus raíces en su encarnación.

Notemos el tono oratorio del pasaje bíblico que vamos a leer. Son las palabras de un predicador que argumenta y que va llevando poco a poco la mente, con finura, a un descubrimiento, a una contemplación, a la formación de una convicción. A descubrir los fundamentos de este ideal templo del Espíritu del cual emerge la grandiosa figura de Cristo sacerdote.

1. Tres columnas

En el capítulo 2 de Hebreos tenemos una presentación de Cristo, una elaboración cristológica, que se eleva desde su humanidad. Y esto para decir que el sacerdote no es un ángel, es un hombre. Para ello pone ante nosotros un tríptico. Lleva a una primera conclusión que está en 2,17. Nos dirá que ese arraigo antropológico se derivan dos características inconfundibles: “digno de fe” y “misericordioso”, la credibilidad y la eficacia transformadora. Y esto último lo corona con la gran presentación del sacerdocio de Cristo sobre un nuevo trasfondo: una encarnación que es plena en la muerte, un sufrimiento y muerte vivido como el acto sacerdotal más alto.

Este es el hilo de oro que vamos a desenvolver, haciendo notar cómo con él elabora en filigrana la comprensión del sacerdocio y más exactamente de la vocación a la que se refiere en la parte final.

Primera tabla del tríptico: ¿Qué es el hombre? (Hebreos 2,5-9)

Tenemos en el recorrido un tejido de citas bíblicas que estimulan y apoyan la argumentación. Lo primero que pone a nuestra consideración es esa doble relación de Jesús con dos ámbitos: el superior de la divinidad y el inferior de la humanidad. El Hijo de Dios y Mesías-Rey que es superior a los ángeles, tema que ya ha explicado vigorosamente en el capítulo uno, se hace hermano de los hombres. Aquí se sitúa un sacerdocio solidario con nosotros, Un Cristo que opta por hacerse nuestro hermano.

Hay que ponerle atención al planteamiento.

El punto de partida es la pregunta “¿Qué es el hombre?”.

Hebreos 2,5 ¶ Porque Dios no sometió a los ángeles el mundo futuro del que hablamos.

Hebreos 2,6 Por eso, se afirmó en cierto lugar de este modo: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que te ocupes de él?

Hebreos 2,7 ¶ Le has hecho sólo un poco inferior a los ángeles y le has coronado de gloria y honor.

Hebreos 2,8 ¶ Todo lo has sometido bajo sus pies. Al someter todo al hombre no dejó nada sin someterle. Sin embargo, ahora no vemos que todo le esté ya sometido.

Este Salmo 8 es un canto nocturno de gran belleza, en realidad es una meditación sobre el sentido del hombre: ¿Qué es el hombre? Es una pregunta estimulante. Pero podría ser también una exclamación cargada de admiración. En medio de los sistemas siderales y con respecto a Dios, es casi una figura microscópica, una realidad fragilísima.

Es el canto del hombre. Y el hombre es un ser peligroso en su manera de tratar la tierra. Se vuelve tirano, ciego, obtuso y egoísta. Pero Dios lo ha querido dotar de una soberana grandeza y responsabilidad: “Todo lo ha sometido bajo sus pies”.

Bajo este prisma contempla a Cristo.

Le aplica el Salmo 8 a la noche de la navidad, a la noche del hombre. Un Jesús que entra en escena como el verdadero soberano delegado por el Padre para regir todo el universo. Pero al mismo tiempo este Hijo de Dios, que como tal es muy distinto de los seres humanos, es en

sí, aunque no todavía, el árbitro de todo el universo. Pero no lo es todavía porque no todo el mundo se le ha sometido.

“Todo lo has sometido bajo sus pies. Al someter todo al hombre no dejó nada sin que le sea entregado. Pero hay una dilación: “Sin embargo, ahora no vemos que todo le esté ya sometido” (1,8).

Es más, el que es superior a los ángeles parece inferior a los ángeles.

Aquí siembra un suspenso. Cristo es superior a los ángeles, lo había dicho en el capítulo uno, pero pareciera inferior porque no ha salvado a toda la realidad, no la ha sometido o abrazado salvíficamente, como se esboza desde el Salmo 8.

Y entonces, el texto se eleva. ¿En qué se ve esta inferioridad? En su humanidad.

Enseguida da una pincelada más y da un salto impresionante hasta el acontecimiento de la Cruz. La real entrada de Jesús en escena está en el v.9: Jesús como rey a través de la paradoja de la Cruz.

“En cambio, a aquel que fue hecho por un momento inferior a los ángeles, a Jesús, le vemos coronado de gloria y honor a causa de la muerte padecida. De modo que, por gracia de Dios, experimentó la muerte en beneficio de todos” (2,9).

Con finura el autor trata de salvar una y otra dimensión de Cristo, la divina y la humana. Por una parte, es soberano, debe dominar, responder por este mundo que le ha sido entregado; por otra, no domina todo.

Como Hijo de Dios es superior a los ángeles, pero como hombre es inferior, es débil. Y entonces las dos dimensiones se funden cuando el autor afirma: pero él ha mostrado su realeza por medio de su derrota: “Por gracia de Dios experimentó la muerte en beneficio de todos” (v.9). Esta muerte padecida “lo corona de gloria y honor”.

Dos veces se entrecruzan la afirmación de la divinidad y de la humanidad. La encarnación la lleva a cabo un Hijo de Dios y Rey, pero sometiendo todo su ser a través de su fraternidad solidaria con nosotros por medio de su muerte.

No se dice que Jesús sea sólo Dios o sólo hombre, lo es contemporáneamente. Lo que el autor hace notar es que no se debe cancelar la condición de inferioridad de aquel que es superior a los ángeles en cuanto Hijo.

Con esta relectura del Salmo 8, de donde toma la pregunta que dispara la reflexión, “¿Qué es el hombre?”, se completa la primera tabla de nuestro tríptico sacerdotal. Nos introduce en la cancha de la humanidad y nos anuncia que la grandeza le vendrá por medio de una muerte que salva llevando en sus manos esta humanidad.

¿Estamos listos para pasar a la segunda tabla del tríptico?

Veámosla.

Segunda tabla del tríptico: Hebreos 2,10-13

Consecuencia de lo anterior es el abordaje inevitable del tema del sufrimiento. Por aquí sigue escurriendo ahora el hilo de oro de la comprensión del sacerdocio de Cristo.

Leamos Hebreos 2,10-13

“Hebreos 2,10 ¶ Porque convenía que Aquel para quien y por quien son todas las cosas, habiéndose propuesto llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase mediante los sufrimientos al que iba a llevarlos a la salvación.

Hebreos 2,11 Porque quien santifica y quienes son santificados vienen todos de uno solo; por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos,

Hebreos 2,12 y dice: Anunciaré tu nombre a mis hermanos y en medio de la iglesia te alabaré.

Hebreos 2,13 ¶ Dice también: Yo pondré en él mi confianza. Y de nuevo: Aquí estamos, yo y los hijos que Dios me dio”

Contemplemos bien este cuadro. El autor se enfoca ahora en la solidaridad de Jesús con los hombres a través del sufrimiento.

La primera frase, la del v.10, es difícil a primera vista; fácil de entender, difícil de asimilar. Dice que para salvar a todos sus hijos lo que hizo Dios fue perfeccionar por medio del sufrimiento al jefe que conduce a la salvación.

La salvación está en ese “perfeccionar” y un “perfeccionar por medio de los sufrimientos”. ¿Cómo puede hacer perfecto a Cristo? ¿No es el perfecto por excelencia? Suena a herejía.

¿Cómo Cristo puede hacerse perfecto?

Pero hay que entender: lo es por medio del crecimiento del hombre Jesús con el fin de salvarnos por medio del camino tormentoso de su pasión.

Es una perfección de tipo moral. Jesús se hace hombre progresivamente hasta lograrlo de manera completa, no antes, sino cuando ya está en medio nosotros, porque es la divinidad asumiendo nuestra humanidad. Y esto lo logra no sólo cuando se encarna en el seno de María o cuando crece, sino cuando pasa por el dolor y la muerte, que son cualidades nuestras. Somos criaturas limitadas e imperfectas, no somos blindados, somos expuestos; somos un nudo de impulsos y relaciones que desde nuestra unicidad nos la jugamos en la grandeza y al mismo tiempo riesgo de nuestra libertad.

Pero no perdamos de vista el hilo. Lo que está contemplando (y diría “estudiando”, “escrutando”) aquí nuestro autor es la encarnación. La encarnación es el modo como Jesucristo se hace hombre perfecto, en sentido pleno como lo somos nosotros. En 5,8-9, en la gran página de la constitución de Jesucristo como sacerdote, y la que llegaremos en breve, se describe una perfección en crecimiento.

La anticipo: “Y aunque era Hijo, aprendió la obediencia a través del sufrimiento. De este modo, alcanzada la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que

le obedecen”. Y por esta ruta “fue proclamado sumo sacerdote a la manera de Melquisedec” (5,8-10).

El autor conoce la perfección estructural de Cristo cuando habla de la resurrección, ahí es perfecto para siempre: “La Ley constituye sumos sacerdotes a personas débiles; pero la palabra del juramento, posterior a la Ley, constituye a uno que es Hijo, perfecto para la eternidad” (7,28).

Por lo tanto el autor de Hebreos nos está diciendo que hay dos tipos de perfección en Cristo: una que es la progresiva en su humanidad, o sea, su asumir la humanidad hasta la última frontera, la de la muerte; y la segunda es la que emerge precisamente allí, desde la muerte, donde aparece el segundo tipo de perfección, la de la resurrección, que es estructural para él.

Aquí está en juego la verdad fundamental de nuestra fe. Si me tomo en serio su humanidad, también debo tomarme en serio su humanización y entender que es dentro de ella que se capta su divinidad.

Ahora bien, habiendo afrontado esa primera dificultad en el v.10, que en realidad resulta ser una gran luz, sigamos leyendo.

Los v.11-13, que completan este segundo díptico, son la celebración de la total inmersión de Jesús en el destino humano, dentro del cual se hace nuestro hermano.

Primero dice que Jesús no se avergüenza de llamarnos “hermanos”: “Porque quien santifica y quienes son santificados vienen todos de uno solo; por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos” (v.11).

Aquí se dice “el santificador”, término que nos remite a una acción propia del sacerdocio: la santificación. Y aquí viene un maravilloso hallazgo: resulta que santificador y santificados vienen de un mismo Padre y por eso se hacen hermanos.

Y para que no quede duda, el autor va a buscar la prueba bíblica. La busca en el Salmo 22,23. Es un Salmo que conocemos bien, al menos en su frase inicial, el famoso salmo que comienza el grito “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?”.

Este Salmo cobra impulso con la gran lamentación del justo sufriente que su dolor clama hacia un cielo aparentemente vacío, silencioso ante su dolor. Este mismo Salmo tiene un giro importante más adelante, Dios no se queda mudo ni impasible, interviene, arranca al orante de las fauces de la muerte. Se termina entonces con un canto de confianza que tiene la tonalidad de un Te Deum: “Anunciaré tu nombre a mis hermanos, delante de la asamblea te alabaré” (v.23).

Este inmenso Salmo que hizo suyo el Crucificado, es la oración del orante salvado, sanado, que una vez superada la prueba va al templo delante de sus hermano para proclamar lo que Dios ha hecho por él.

Con esto Hebreos explica dónde está la raíz del sacerdocio de Cristo. Dice que Jesús hizo esto mismo, que él fue delante de sus hermanos para anunciar la salvación que ha sido obrada a través de su humanidad sufriente. Hay un kerigma.

Pero enseguida vemos cómo dice algo más: se pone por delante palabra “asamblea” (en hebreo qahal, que aquí se traduce como ekklesía, Iglesia: la congregación de los llamados que han respondido). Se escenifica a Jesucristo presentándose en medio de los suyos que son miembros de la ekklesía (el término griego que traduce el hebreo “qahal”), la convocación.

¿Y qué hace Jesús ante esta ekklesía?

Como si no quedase contento, echa mano de un pasaje de Isaías 8,17-18. La cita comienza: “En él pondré mi confianza...” (8,17).

¿Qué aporta esta frase?

Es una bella manera de mostrar alegóricamente una escena sugestiva. El contexto original de la frase es la de un profeta Isaías que viniendo a la presencia de Dios le presenta a cada uno de sus hijos, y de esta manera pone toda su confianza en Dios, él y toda su familia. Este completo abandono en Dios en cual espera el profeta lo expresa con la frase: “Hemos aquí, a mí y a los hijos que Dios me ha dado” (Isaías 8,18).

El autor de Hebreos dice: Miren a Jesús, se presenta junto con su familia, y somos yo y los hijos que Dios me ha dado. Es un subrayado profundo de nuestra pertenencia a Dios por medio de una filiación y de nuestro estar a unidos a Cristo por la vía de la fraternidad.

Cristo es solidario con la humanidad. ¿Y esta humanidad cuál es? La Iglesia, su Iglesia, que, como dice Isaías 8 es su familia.

Pasemos al tercer panel de nuestro tríptico. Ahora el desarrollo bíblico-teológico llega a la cumbre.

Tercer cuadro: 2,14-16

Este tercer cuadro avanza en el tema de la solidaridad. Pero no olvidemos que se preocupa de anunciar lo que dirá después. El de la carta a los Hebreos un discurso tortuoso. Merece atención.

Aquí aborda una cuestión que estaba en suspenso: el para qué.

En escena entran dos palabras fundamentales que nos sumergen en lo hondo del misterio del ser humano: muerte y miedo.

Hebreos 2,14 ¶ Porque así como los hijos comparten la sangre y la carne, también él participó de ellas, para destruir con la muerte al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo, Hebreos 2,15 y liberar así a todos los que con el miedo a la muerte estaban toda su vida sujetos a esclavitud.

Hebreos 2,16 Porque es seguro que él no asumió a los ángeles, sino al linaje de Abrahán.

Jesucristo no se hizo hombre por un motivo filantrópico, sino para combatir la muerte que se anida en el ser humano, lo diabólico de la muerte, para ser exactos. Y esto lo ha asumido sobre sí.

Aparece en esta parte final un rasgo que encenderá una pequeña luz en la mente. Había comenzado con ángeles, pero de quien se ocupa no es de los ángeles, sino de los hijos de Abraham.

Se formula el tema de esta tercera parte: la solidaridad de Jesús con nosotros tiene una finalidad y esta es la liberación del miedo de la muerte, de la esclavitud del tener que morir, de la realidad diabólica e ineludible de la muerte.

Con el anuncio de esta acción salvífica que es propia del sacerdocio de Jesús, el autor termina la primera parte de su carta. Ha dicho que Cristo es infinitamente superior a los grandes como los ángeles. Pero también que se ha vaciado haciéndose cercano a nosotros en el vientre oscuro de la muerte.

¿Qué sigue ahora? La conclusión.

La hace de dos maneras: con el resumen de lo dicho hasta aquí y con un nuevo planteamiento.

En el v.17, expresa el punto alto de todo el recorrido, y en el v.18 nos hace resumen.

El punto alto y conclusivo:

Hebreos 2,17 Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, a fin de ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en las cosas que se refieren a Dios, para expiar los pecados del pueblo.

El resumen:

Hebreos 2,18 Por haber sido puesto a prueba en los padecimientos, es capaz de ayudar a los que también son sometidos a prueba.

“Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, a fin de ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en las cosas que se refieren a Dios, para expiar los pecados del pueblo”.

ὅθεν ὤφειλεν κατὰ πάντα τοῖς ἀδελφοῖς ὁμοιωθῆναι, ἵνα ἐλεήμων γένηται καὶ πιστὸς ἀρχιερεὺς τὰ πρὸς τὸν θεὸν εἰς τὸ ἰλάσκεσθαι ἑαυτοῦ τὰς ἁμαρτίας τοῦ λαοῦ

Tenemos la dupla dimensión del sacerdote, fiel y misericordioso. Este sacerdote quien es por naturaleza mediador y su oficio es el de ser pontífice entre Dios y el pueblo, entre el infinito y lo finito, entre las cosas Dios y los pecados del pueblo.

Se definen las dos cualidades de Jesús sacerdote, cuyo sacerdocio brota de su humanidad: fiel y misericordioso.

Por lo cual idealmente tenemos ante los ojos una especie de díptico.

En la primera tabla el autor tratará de definir su calidad de “pistós”, de fiel, o sea, de sacerdote fiel, acreditado, en quien está el sello de Dios y, por tanto, en quien está confianza que le da

el que Dios lo haya acreditado para esta misión. Esta primera cualidad se podría traducir con una expresión que nos suena familiar: un sacerdote creíble.

En la segunda tabla está caracterizada por el segundo adjetivo “eleemon”, misericordioso. Por tanto, un sacerdote cercano a la fragilidad humana, capaz de asumir sobre sí la cualidad del límite humano. Esta segunda cualidad también se puede traducir como: un sacerdote eficaz porque es capaz de entrar en la hondura del corazón del hombre y obrar desde allí.

Estos dos rasgos del sacerdocio son explicados ampliamente en la sección de 3,1-5,10.

Todo nos ha traído hasta este punto. Merece despliegue.

Es interesante observar la ingeniería teológica de este autor. El autor nos precipitó del Zenit de la gloria al tamir de la humanidad que experimenta la fragilidad y el sufrimiento.

2. Un techo de dos aguas

En la cumbre están los dos rasgos del sacerdocio de Jesús: “fiel” o “creíble”

2.1. Fiel

¿En quién se fija para hablar de la fidelidad y de la credibilidad?

Curiosamente el modelo, por contraste, no es todavía el de Melquisedec, sino Moisés. Estamos recuperando aquí las grandes páginas de la historia de Israel, el camino de una revelación y salvación. Moisés, después de Abraham, es gran referente.

Tenemos aquí la dimensión profética del sacerdocio.

¿Cómo fue fiel Moisés? Mediante el éxodo.

“Jesús es fiel al que le instituyó, como lo fue también Moisés en toda su casa” (3,2). Y fue fiel como “servidor”.

Cita Nm 12,7: Moisés fue un servidor de confianza en toda su casa, la asamblea del pueblo de Dios. Es el fiel entre todos. Y lo fue en contraposición con Aarón y María, quienes pecaron.

Moisés fue el mediador de la primera alianza, Jesús será el de la nueva alianza en la que Jesús no tendrá las funciones estrictamente sacerdotales rituales, reducidas a lo litúrgico, de la tribu de Leví, sino la función profética de Moisés.

Y la tarea consiste en la construcción de una casa. La construcción de esta casa la lleva a cabo Dios porque es su Palabra la que la edifica. Y esta casa somos nosotros, si es que escuchamos.

Pero Jesús irá más allá de Moisés. Moisés es servidor, Jesús es el Hijo y por tanto todo con él lleva a una meta superior: la libertad y la esperanza (3,6).

¿Por qué lo dice? Porque Moisés llevó a la tierra prometida, Jesús el nuevo Moisés fiel, hijo y no siervo, nos lleva al reposo perfecto, o sea, a la tierra prometida, escatológica, suprema, definitiva, que es la salvación que obra en su misterio pascual.

La función sacerdotal es pascual, capaz de conducir hacia la tierra de la vida, del shabat creativo, vivificante.

Pero hay otro elemento más: la eficacia de la Palabra. Moisés se encontró con un pueblo de corazón endurecido. Su palabra no penetró y no transformó. Con Jesús la palabra, por el Espíritu, entra en lo más profundo y transforma desde dentro.

De esto se ocupa una homilía profética basada en el Salmo 95, una exhortación a la escucha que va 3,7 a 4,13, para que no le pase al Israel que se quedó en el camino: “Si escuchan hoy su voz, no endurezcan el corazón...” (Salmo 95,7-11; Hebreos 3,7-11). Se le hace la homilía a este Salmo y se concluye con el anuncio de que con la Palabra de Jesús es diferente: “es viva y eficaz, que es más cortante que cualquier espada de doble filo” (4,12). Y esta Palabra sí lleva sacerdotalmente hasta la plenitud.

“La Palabra de Dios es viva y eficaz” (4,12). Todo se resume en esa frase que es como un sello. La gran predicación terminaba con una moción de los afectos. Como decía Fenelón, tres deben ser los puntos del verdadero predicador: primero, probar, argumentar o sea inculcar una idea; segundo, pintar, es decir, una imagen para hacer con los ojos y con toda su belleza aquello que anuncia; y, tercero, tocar el corazón, la moción de los afectos.

¿Que mueve? La Palabra que es la voz del Espíritu Santo y que es penetrante.

Aquí podemos notar dos detalles.

Uno. La Palabra tiene cinco cualidades: viva, eficaz, cortante, penetrante y kritikós (escrutadora: entra en lo más profundo, discriminando).

Dos. La imagen es la de la espada. Está tomada del AT, como Ez 21,14-15; Is 34,6; Sab 18,15; Jesús también habló de una espada, y Simeón. La espada como elemento de división, o sea, de juicio. “Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón”.

Este es el elemento antropológico clave: la espada que entra hasta esta frontera misteriosa entre la carne y el espíritu, lo que estamos llamados a ser y lo que somos realmente, los impulsos carnales y las llamadas del Espíritu. “No hay criatura invisible para ella: todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuenta” (4,13).

A diferencia de la Palabra profética de Moisés, esta Palabra desnuda y desde esta profundidad del corazón humano es que se eleva la mediación sacerdotal. Aquí está la realización de la fidelidad de Cristo.

Esta exhortación era para cristianos acomodados, que era indiferentes y poco comprometidos, que no tenían en la mirada el camino hacia el reposo eterno siguiendo al nuevo Moisés y para lo cual se requería superar las pruebas.

Viene la gran pregunta: ¿Y qué es lo que anuncia esta palabra del nuevo Moisés, el Hijo de Dios, que ha sido constituido sacerdote? La respuesta es: la misericordia y el perdón.

Este es el primer cuadro, un cuadro pascual. Cristo nos conduce por el desierto con su palabra hasta la plenitud. ¿Cómo? Mediante el acto sacerdotal del perdón.

2.2. Misericordioso

Veamos el segundo cuadro o segunda vertiente del techo de dos aguas: 4,14-5,10

Demuestra que Jesús es sumo sacerdote misericordioso (eleemon), Cinco veces repite el motivo temático: sumo sacerdote (archiereus).

El método es deductivo. Primero nos da la idea central ya junto con la aplicación concreta, la parénesis.

Está centrada en dos aspectos del itinerario de Jesucristo: el Hijo de Dios ha atravesado los cielos. No es imagen de astronauta. Quiere decir que ha cumplido su misión no en una carpa terrestre, sino celestial. Atravesar los cielos quiere decir que Jesús pertenece a la divinidad. Es el primer acento: nuestro sumo sacerdote es eterno y divino.

Viene el segundo perfil: pero él se compadece, siente con nosotros, participa de y sufre nuestras enfermedades. ¿Y esto qué es? Dicho de otra manera, esta es su fraternidad.

Entendemos ahora el retrato del sacerdote que se pinta en Jesús: aquí están de nuevo las dos dimensiones que son pilares fundamentales. Él es un mediador, el sacerdote debe ser capaz contemporáneamente de hablar y de tener la mirada puesta en aquel que está arriba, con Dios, pero también cercano a la humanidad, a lo que somos nosotros y tal como somos, llevándolo sobre los hombros.

Esto es lo que había dicho en 2,17-18. Dejemos que resuene en los oídos:

“Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, a fin de ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en las cosas que se refieren a Dios, para expiar los pecados del pueblo.

Por haber sido puesto a prueba en los padecimientos, es capaz de ayudar a los que también son sometidos a prueba”.

Estos son los dos lineamientos del rostro de Cristo en los que tenemos que espejarnos para creer y vivir: Su capacidad de atravesar los cielos, su divinidad; y su capacidad de sufrir y compadecerse, es decir, su humanidad.

Leamos 4,14-16:

“Tenemos, pues, un gran sumo sacerdote que penetró (atravesó) los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengamos nuestra confesión de fe. Pues no tenemos un sumo sacerdote que no

pueda compadecerse de nuestras flaquezas (enfermedades), ya que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y encontrar el favor de un auxilio oportuno”

Es un llamado caluroso que abre la puerta para la reflexión final sobre este sacerdocio que brota de una encarnación.

La reflexión sigue con el método típico de esta carta: el quiasmo, es como construir una especie de pirámide que se va elevando hasta el punto más alto y luego vuelve a descender.

3. La cumbre: la ruta del sacerdocio perfecto en la carne de nuestra humanidad

Es lo que leemos en Hebreos 5,1-10.

Sólo lo podemos esbozar. Es interesante la dinámica.

Primeros cuatro versículos: una subida. Se dice cómo debe ser el sumo sacerdote (5,1-4). Son como tres escalones. Luego viene un descenso en tres en los cuales, sobre el trasfondo de lo presentado en los tres primeros pasos, hace resplandecer lo que propio del sacerdocio de Jesucristo.

Sigamos la ruta.

El primero: El punto de partida. El sacerdocio en su doble dimensión: una mano con Dios y otra con el pueblo.

“Todo sumo sacerdote está tomado de entre los hombres y constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados” (5,1)

El segundo: Por eso comparte la miseria humana, debe llevar consigo el peso de la humanidad, a todo un pueblo, concretamente sus pecados (5,2-3).

“En tal modo es capaz de comprender a ignorantes y extraviados, porque también él se halla envuelto en flaqueza (asthénéia); y a causa de la misma (la debilidad), debe ofrecer por sus propios pecados lo mismo que por los del pueblo” (5,2-3)

El tercero: Para llevar a cabo esta tarea, Dios lo debe llamar, lo debe avalar. Nadie se llama a sí mismo. Tenemos aquí la elección divina y la investidura. Y el modelo es Aarón, quien se dejó sorprender por la llamada; no como los hijos de Coré que intentaron apropiársela a la fuerza. Se es sacerdote por vocación.

“Y nadie puede atribuirse esta dignidad, a no ser que sea llamado por Dios como Aarón” (5,4).

Creo que a este punto es claro que en los primeros versículos se ha definido lo que es un sacerdote.

A este punto se aplica al rostro de Jesucristo, quien lo es de manera eminente.

Cuarto: Comienza con un “del mismo modo”. Es una referencia al tercer peldaño, el de la vocación y la investidura divina.

“De igual modo, tampoco Cristo se atribuyó el honor de ser sumo sacerdote, sino que lo recibió de quien le dijo: Hijo mío eres tú: yo te he engendrado hoy. También dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para la eternidad, a la manera de Melquisedec” (5,5-6).

Citando dos Salmos mesiánicos, el 2 y el 110, muestra que estamos ante un sacerdocio diferente, no es el de Aarón. Jesús es el Hijo que viene de las entrañas de la eternidad.

Quinto: Este punto conecta con el segundo, donde se habló de las debilidades y la miseria humana.

“Cristo, después de haber ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente” (5,7)

Nos deja ver un nuevo tipo de sacrificio. No es de animales, sangriento. Es otra cosa. Es un sacrificio de oración y de llanto, de una persona que se presenta a sí misma. Y esta muerte libera de todo el pecado que había cargado sobre sí.

Llegamos a este punto, viene la conclusión. El peldaño de llegada. Conecta con el primero e inicial.

Sexto: La relación con Dios para la salvación de los hombres. Lo hace con un lenguaje un tanto complejo, teológicamente refinado. Se vale de un lenguaje que articula las dos dimensiones que se han venido desglosando: es Dios, sí; pero es hombre. No nos escandalicemos si se escucha una fórmula que pareciese negar la divinidad (o atenuarla).

“Y aunque era Hijo (unido al Padre), aprendió la obediencia a través del sufrimiento (unido a nosotros). De este modo, alcanzada la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, y fue proclamado por Dios sumo sacerdote a la manera de Melquisedec” (5,8-10).

Siendo Hijo, se afirma que tiene una relación extraordinaria con Dios. Pero resulta escondida. Aquí se siente una imagen cercana al pensamiento paulino: el vaciamiento, que se precipita del zenit al tálamo, negándose a sí mismo (ekénosen: vaciar).

Como Hijo aprende la obediencia: es la consagración total a Dios. Dónde? A través del sufrimiento. Es la obediencia de la pasión, del dolor. Tiene que inclinar la cabeza: “Si es posible aparta de mí este cáliz”. Pero el cáliz no pasa, tiene que sufrir como todos los demás.

“Y, de este modo, alcanzada la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna” (5,9). Una frase que ha dado problemas interpretativos y en algún caso ha dado la base para alguna herejía.

“Hecho perfecto...”. Al inicio, cuando cité esta frase por primera vez, dije que se aludía aquí a una perfección ética, o sea, Cristo en su obediencia total y absoluta como hombre presenta en su itinerario terreno como uno que se adhiere totalmente a Dios. Aquí se trata de una obediencia conexas a la muerte, quiere decir que Jesús se hace ontológicamente,

realmente, perfecto como hombre en el momento en que ha asumido totalmente nuestra naturaleza, cuando ha experimentado la solidaridad total con nosotros, que es la de la muerte.

Dice un autor: “En la solidaridad y la fidelidad vivida en una forma extrema, en un contexto de sufrimiento mortal, Cristo actúa su mediación y su ofrecimiento sacerdotal”.

Este hacerse perfecto no es el heroísmo del sacrificio en cuanto tal, del sufrimiento, de la fidelidad, sino el pleno cumplimiento de la encarnación. Podemos decirlo así simplemente: en la pasión y la muerte se hace plenamente hombre. Esto hay que subrayarlo: Es ahí donde Cristo, en ese momento, siente la total lejanía de Dios, porque participa allí de todo el peso de la creatura que es limitada, sufriente, que camina hacia la muerte. En ese momento se hace perfecto como hombre y es ahí donde nos puede salvar. Si hubiese sido simplemente el Hijo que se curva sobre nosotros y luego se va, no nos habría redimido. Nos habría rozado y envuelto en la luz de Dios, pero ha pasado por lo interior de nuestra humanidad.

Este es quizás el escándalo fundamental del cristianismo. En otras religiones: Dios viene al encuentro del hombre, se inclina y lo eleva. Pero el cristianismo anuncia que él ha entrado en lo más hondo nuestra humanidad, que intercambia su identidad con la del hombre. Y esto es lo que nos salva. De otra manera había estado siempre lejos. Sólo así es como “se convierte en causa definitiva de salvación eterna para todos aquellos que le obedecen, o sea, que creen en él” (v.9).

Este había sido el primer elemento en la descripción del sacerdote. Es también el último en esta pirámide que el autor ha construido para explicarnos el sacerdocio de Cristo, pero con una novedad: en la ofrenda sacrificial de Cristo, el don de su vida, se han unido perfectamente divinidad y la humanidad, y de esta manera ha entrado la salvación de una manera eficaz, total y definitiva en nuestra carne. Este es el gran misterio del cristianismo.

Tenemos aquí una profunda meditación sobre el sacerdocio que brota de una antropología. El hilo de oro es la encarnación, la manera como Jesús se sumerge en nosotros y como él nos sumerge en él.

Nos da también una comprensión del misterio pascual, en el que participamos por el bautismo. No entraré aquí en la relación entre sacerdotidad y bautismo. Lo importante es que muerte y resurrección, que decimos así de forma estereotipada: un Jesús que entra en la muerte y luego sale de ella en una condición nueva. Esto es lo que podemos llamar la perspectiva narrativa.

Con el autor de los Hebreos podemos decir algo más profundo: que Dios manda al mundo a Jesús no sólo como Hijo, sino también como hombre, para hacerse hombre, por tanto, comprimiéndolo, cortándole toda la grandeza de la divinidad, pero, y este es el elemento fundamental que nuestro autor subraya: él al hacerse causa de nuestra salvación, dentro de él, en su persona, es siempre el Hijo, y por tanto esa humanidad que él ha atravesado es una humanidad huérfana que es transformada desde dentro por ese dolor, esa galería oscura que es iluminada desde dentro.

Y dicho esto entonces ya puede concluir.

Jesús es el sacerdote sumo “Según el orden de Melquisedec”. Estamos ante un personaje polivalente: rey de Salem, rey de Justicia (Melqui-Sedeq), no tiene genealogía con lo cual se piensa en un “sacerdocio eterno” que tampoco acaba ni desvanece ni declina; no ofrece animales, sino pan y vino; a él Abraham le da; y como se dirá después: es anterior a la promesa a Abraham. Nos dice así que es un sacerdocio diferente.

Según una línea precisa, una trayectoria, este desarrollo fluvial de la reflexión, el autor nos lleva al corazón del misterio. Estamos ante un sacerdocio que no es prolongación del clásico. Estamos ante una radical novedad. Y el autor va a buscar la imagen que lo explica en Melquisedec, es alternativo con respecto al levítico, que era generacional, transmitido por cromosomas o por generalioa. Estamos ante una figura misteriosa que se nos remonta a los remotos orígenes de la llamada de Israel en Abraham, cuando encuentre a este hombre “rey de justicia, en salem. Allí Abraham recibe la bendición.

Aquí en este rey sacerdote es capaz de captar la radical novedad del sacerdocio, no caracterizado por la ritualidad, sino agrapado al misterio.